



APÉNDICE

Á LA BIOGRAFÍA DEL ABATE MARCHENA



UANDO estaba próximo á terminarse la impresión de este volumen, mi querido amigo D. Manuel Gómez Ímaz, incansable colector de libros y papeles relativos á la guerra de la Independencia, cuya bibliografía crítica y razonada nos dará muy en breve con regocijo de todos los buenos españoles, me ha comunicado noticia de un opúsculo anónimo que seguramente es del abate Marchena. Las razones en que tal atribución se apoya van á continuación discretamente expuestas por el Sr. Gómez Ímaz, y también se reproduce, á título de documento interesante, el folleto impreso á nombre de *un oficial retirado*, que al parecer salió de una imprenta clandestina establecida por Murat en su palacio.

En el conocido folleto «*El Dos de Mayo*»

de 1808: *Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid en dicho día. Escrita por el Coronel de Caballería D. Rafael de Arango, etc.—Madrid, 1837.—Imp. de la Compañía Tipográfica*; que contiene la más auténtica relación de aquella gloriosa defensa, dice su autor en la página 6:

«Habían transcurrido muchos días del mes de Abril, en los cuales, con más ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y más indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas maniobras los agentes de Napoleón; así apareció el muy borrascoso día 1.º de Mayo, que fué el preludio del *dos eterno*.

»Al amanecer de esa víspera los franceses habian repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el título de un oficial retirado en Toledo, que trataba de persuadir á los españoles la conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.

»Este paso, dado para preparar la opinión del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el día siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caída del rayo en un almacén de pólvora no causara inflamación más rápida que la que encendió

en los pechos españoles la sacrílega proposición del cambio de dinastía.»

El intendente de ejército D. José de Arango, hermano del autor del anterior folleto, que vivía en Madrid cuando tuvieron lugar los sucesos aquellos, escribió á raíz de ellos, prestándoles el interés del que fué testigo presencial, un opúsculo curiosísimo con las iniciales J. de A., no atreviéndose á ponerle su nombre; el folleto, del que se hicieron numerosas ediciones, titúlase:

«*Manifiesto imparcial y exacto de lo más importante ocurrido en Aranjuez, Madrid y Bayona desde 17 de Marzo hasta 15 de Mayo de 1808; sobre la caída del Príncipe de la Paz y sobre el fin de la amistad y alianza de los Franceses con los Españoles, escrito en Madrid y cedido su producto á beneficio de los pobres de la Casa de Misericordia de Cádiz.—Con licencia.—Impreso en dicha Casa.—Año de 1808*»; en 4.º, de 43 páginas; en la 35 comienzan las interesantes notas, y en la que lleva el *núm.* 20 se dice lo siguiente:

«Entre los repetidos anuncios que tuvo nuestro Gobierno para despertar, se distingue la tentativa que hizo Murat para imprimir una proclama á nombre de Carlos IV. El impresor, á quien se dirigieron tres agentes napoleacos (*sic*), los denunció al Supremo Consejo de Castilla, quien los hizo aprehender; pero in-

mediatamente reclamados por Murat, fueron entregados. *Entonces llevó este Príncipe I. y R. una imprenta á su casa; y de ella salió, entre otros folletos sediciosos, el parte del oficial retirado de Toledo, con cuyo ropage quiso disfrazarse el despreciable Marchena, harto retirado de la causa del honor.»*

Con el testimonio de los dos hermanos Arango, no queda duda de que el papel que tanto impresionó al pueblo madrileño la víspera del 2 de Mayo está escrito por Marchena é impreso en la morada del Gran Duque de Berg.

«CARTA DE UN OFICIAL RETIRADO Á UNO
DE SUS ANTIGUOS COMPAÑEROS

»Toledo y Abril 23 de 1808.

»Estimado amigo: acabo de recibir la de Vmd. en que me anuncia la próxima reunion de toda la Real Familia en Francia con el Emperador Napoleon; cuya noticia ha sido para mí el primer consuelo que he tenido desde el mes de Octubre último. Vmd. lo creerá fácilmente como que ha servido tantos años al Rey, y mantenido en toda su pureza

los sentimientos de un fiel vasallo. Estos mismos sentimientos los he hallado en la pintura de las escenas deplorables de que ha sido Vmd. testigo en estos últimos tiempos. Ciertamente existían ya ántes sobrados motivos de afliccion para todo español amante de las glorias de su patria, pues veíamos dolorosamente que uno de los mejores Reyes no acertase á tomar medios mas convenientes para la prosperidad de España; veíamos con profundo sentimiento á nuestra nacion imposibilitada para elevarse al grado de esplendor de que es merecedora, y el descuido en volverla á colocar en el lugar que por tantos títulos la corresponde entre todas las potencias de Europa. Lo que afligia sobre todo á los españoles era que su Soberano, no fiándose de sus propias luces, habia depositado una gran parte de su autoridad en ajenas manos. Respetaban en este error los escrúpulos de un Príncipe virtuoso; pero reconocian en esto mismo las consecuencias de una educacion mal cuidada que frustra muchas veces las esperanzas que los pueblos se complacen en concebir de los Príncipes destinados á gobernarlos. Estos leales españoles, en el número de los quales tenemos derecho de colocarlos Vmd. y yo, no podian disimularse que ellos mismos ó sus descendientes tendrían que gemir, baxo otro reynado, de las consecuencias de una educacion mal dirigida á los altos

destinos de un Príncipe hereditario, y concluian de esto mismo, con harto dolor suyo, que su país estaba lejos de recuperar su antiguo lustre. Su lealtad se resignaba á no ver un tiempo mas feliz para su patria; pero ¿podian ellos creer que estuviese ésta en vísperas de verse amenazada de la mas violenta tormenta?

»En todos los tiempos de mi vida, y sobre todo desde que me he retirado, he estado demasiado alejado del torbellino de los grandes negocios, para aspirar á lisonjearme de poseer aquella especie de sagacidad que se exercita en preveer los sucesos; pero me atrevo á afirmar que todos los españoles, exceptuando los motores de las ocurrencias principiadas en el mes de Octubre próximo pasado, quedaron atónitos con aquella tragedia llena de terror que se anunció entónces, y cuya accion estuvo suspendida algun tiempo para volver á empezar con mas estrépito en el mes de Marzo último, sin que sea posible preveer el desenlaze, ántes de las circunstancias que la carta de Vmd. me indica, y que reanima mis esperanzas.

»Bien necesitaba yo, estimado amigo, encontrar algun alivio en medio de las dolorosas aficciones que me oprimian. ¿Qué hemos visto después de los sucesos del Escorial? Todo quanto puede descarriar la opinion, atemorizar la fidelidad y preparar la decadencia del trono. ¡Cómo podría la opinion no precipitarse

en los escollos mas peligrosos, quando se halla solicitada en direccion contraria por las personas augustas que deben reunirse para dirigirla! ¡Cómo podría la fidelidad conservar su energia, quando sus principios se perturban, quando se procura sujetar los antiguos juramentos y obligaciones á nuevos juramentos y nuevas obligaciones! ¡Cómo podría tener el trono alguna solidez, quando la opinion vacila, y quando la fidelidad está reducida á la incertidumbre! ¿Hay súbdito leal que no tiemble en quanto al cumplimiento de sus deberes, y que no se crea casi arrastrado á una rebelion involuntaria en el momento en que vé que los Príncipes de una misma familia, olvidándose de la comunidad de intereses y de la buena armonia que debería unirlos, se vituperan recíprocamente, y se humillan hasta el extremo de tomar el inconcebible medio de apelar al pueblo, y de reducirse á solicitar su sufragio, en lugar de conservar sus respetos, y á buscar su favor, en vez de dictarle leyes? Nunca olvidaré el temor que me sorprendió y las conjeturas siniestras que vinieron á atropellar mi imaginacion el día que resonó en toda España la acusacion de un buen padre contra su hijo, del Rey contra el Príncipe hereditario. Mis temores no se tranquilizaron con la sumision y la ingenuidad de la carta en que este Príncipe, que parece haber nacido con las

mismas disposiciones de docilidad que su padre, imploraba la indulgencia de sus augustos padres. No era, sin embargo, ménos evidente que la autoridad habia recibido un golpe grande, que se habian tramado intrigas criminales al rededor del Monarca y del Príncipe de Asturias; que la ambicion habia osado reducir al Soberano y á su heredero presuntivo á no ser otra cosa mas que meros instrumentos para sus proyectos; y que se habia usado de entrambos para dar principio á una revolucion. ¡Cómo no extremecerse con la idea de una revolucion, al acordarse de la última, tan funesta para la familia de nuestros amos! Semejantes memorias abren fácil camino para ver en lo futuro una série de hechos revolucionarios. Quando se verificó la explosion del Escorial no dixé á Vmd. ni en qué dia ni de qué modo habia de suceder fixamente esta ú la otra escena, pero Vmd. se acordará quizá, y si conserva Vmd. mis cartas lo podrá ver en ellas, de que le decia que era imposible que ningun español, afecto á la casa Real, se considerase ya en el término de sus temores y de su afliccion. Nada me sorprendió ménos que la noticia de los acontecimientos de que fué teatro Aranjuez. En semejante caso la ocasion ó el pretexto que se toma no influye sino en la muchedumbre; qualquiera observador un poco reflexivo habrá reconocido, como yo, en este

paso aquel movimiento de reaccion que no tarda jamás en seguirse á la primera escena revolucionaria. Dado el primer paso en esta carrera, en la qual ni el arrepentimiento mismo podria retroceder, todo es peligroso, hasta las pasiones mas generosas. No dudo yo que ellas hayan animado á los valerosos militares, cuya energia ha sido exáltada para intimidar al Monarca: yo he observado el verdadero acento de estas pasiones, y todo el fuego de los sentimientos mas nobles en la carta que mi sobrino el buen Antonio, á quien Vmd. conoce, me dirigió á toda priesa desde Aranjuez. Se felicitaba, como todos sus compañeros, de haber contribuido á una crisis saludable, verificada por medio de las aclamaciones de *viva el Rey*. Si por una parte es interesante para el corazon esta buena fé, conduce por otra á tristes reflexiones sobre la facilidad que tienen los revoltosos de todos los paises para hacer que las mejores disposiciones de los pueblos concurran á los resultados mas desastrados para el trono y para la patria. ¿Cuál es la revolucion que en una monarquia no haya empezado por los gritos de *viva el Rey*, y por amenazas dirigidas únicamente contra los depositarios de la autoridad? Convendré sin dificultad en que en el caso presente el modo de atacar debia tener todo el favor de la opinion, pues que se trataba de un privado que no supo jamás justifi-

car su elevación, haciendo un uso digno de la inmensa autoridad que se le había dexado tomar; yo caracterizaria con colores mas fuertes sus errores y sus delitos, si no tuviera derecho, amigo mío, para hablar á Vmd. en el particular con moderacion, puesto que siempre he hecho á Vmd. confidente del menosprecio que él me inspiraba en el dilatado tiempo de su prosperidad. Pero el que se creyese, ni aun el que se viese mal depositada la confianza del Monarca ¿era motivo suficiente para que los que deben obedecer hiciesen entender su voluntad á aquel que debe gobernar? Un Rey está destronado en el punto en que es violado entre sus manos el exercicio de la autoridad monárquica. ¿Qué importan las aclamaciones que se le dan miéntras sufre aquella ignominia? y aun añadiré ¿qué importa el mas ó ménos tiempo, la mayor ó menor osadia que se emplea en nombrarle un sucesor? No hay cosa ménos nueva que los exemplos de Reyes cediendo su corona en medio de los gritos *viva el Rey*. En tales casos no se ha de llorar solamente por el que desciende del sόlio, sino principalmente por el que sube á él baxo tan funestos auspicios; el derecho incontestable y sagrado que tenia por nacimiento, se le quita obligándole á reynar con el título precario de una especie de eleccion tumultuaria. Que esto se vea en Constantinopla ó en Argél, donde

no se conoce el beneficio de la civilizacion, y donde la religion christiana no ha podido hacer que penetre aquel influxo, por medio del qual se la vé siempre inspirar ó consolidar las instituciones útiles á los pueblos; pero que se intente el que se adopte esta doctrina de anarquía y de desolacion la nacion magnánima que habita la España, esto es lo que yo no puedo imaginar sin llenarme de indignacion. En la monarquía regularmente constituida quando la sábia naturaleza designa al que debe ir á reposar en la tumba, y al que debe consagrarse á la felicidad pública, la esperanza nacional se dilata cada vez que un nuevo vástago nace al rededor del trono. Por el contrario habria que temblar en el nacimiento de un nuevo Príncipe, si los caprichos de una monarquía electiva se hiciesen habituales en una nacion que no tuviese ya ningun principio de derecho público; sucederia primeramente que le mandarian al hijo arrebatár la corona de la frente paterno; pero hecho este paso, seria mucho mas fácil aun persuadir á un Príncipe menor que seria mas digno del lugar ocupado por su hermano. La naturaleza y la moral padecerian ménos en esta suposicion, que en la primera: salvadas todas estas barreras, ¿qué principio podria impedir el andar errando á la ventura en lo vago de la barbarie? Todos los pueblos civilizados que forman hoy la gran familia eu-

ropéa comenzaron por esta monarquía imperfecta, que en lugar de un orden natural de herencia, no conocia todavía otro derecho que el de elegir entre los miembros de una misma familia. Aun entónces se aguardaba á que la muerte hubiese dado la señal para la nueva eleccion. Hoy, retrocediendo aun mas allá de la imperfeccion de los primeros siglos, se querría que la época de la sucesion al trono dependiese del descontento público; pero ¿por qué señal y en qué lugar reconocerle? ¿Se reunirán todas las provincias para abandonar este derecho terrible, este derecho de soberania á la capital? Entre los vasallos del Rey, ¿cuál sería la clase que particularmente le poseyese? Si los habitantes de la Metrópoli del Reyno están autorizados para la insurreccion, porque un primer Ministro, porque un privado les desagrada, ¿los militares que vierten su sangre por la pátria, no tendrán igualmente derecho para levantar el grito y agitar sus armas quando se les dé un general que no haya obtenido su consentimiento? Si las ciudades se arrojan la facultad de comenzar reynados nuevos, ¿los campos no querrán también proclamar nuevos Monarcas? Nosotros estábamos, amigo, muy distantes de todas estas questões sutiles y alarmantes, quando queriendo, en el Rosellon ó en Cataluña, animar á nuestros soldados para alcanzar nuevos triunfos, ó

sostener su valor en medio de una larga série de desgracias, esforzábamos este grito de *viva el Rey*, que resonaba tan profundamente en todos los corazones españoles. El hubiera sido ineficáz si los guerreros hubiesen de haber aguardado las cartas de Madrid para reconocer al Soberano que acaban de elegir, si en aquel tiempo se hubiera tratado del sistéma de abdicacion ó de destitucion, del qual se acaba de hacer la primera experiencia.

» Depositando en el seno de la amistad mis sentimientos sin ningún disimulo, confieso á Vmd. que no concibo la posibilidad de que un Rey abdique su corona. Si no estuviera colocado sobre el trono sino por su conveniencia propia, entiendo bien que algun dia podría variar de gusto; pero siguiendo una doctrina mas severa, para mí un Monarca no es mas que un individuo elevado sobre los demás hombres, y sin otro interés que el de hacerlos felices; y en este caso no comprehendo con qué derecho se substraeria á la carga que está anexa á tan brillante destino.

» Sin embargo, esta opinion es demasiado absoluta para que yo la siga sin desconfianza. Debo convenir en que puede darse tal combinacion de circunstancias que sea necesario un nuevo reynado para el sosiego y la prosperidad de una nacion; pero ¿quién habrá de juzgarlo? ¿El pueblo? El exemplar y los sacrificios de

nuestros vecinos nos han preservado de semejante error en esta parte. Las luces no están ménos difundidas entre ellos que entre nosotros, y, sin embargo, su exemplo nos convence de que el pueblo nunca es bastante ilustrado para tratar de los negocios públicos, sino perjudicándose á sí mismo. ¿Habrémós de atenernos á la iniciativa de algunos revoltosos de un rango mas ó menos elevado? Pero si el establecimiento de la democracia en país de una vasta extension es el exceso del delirio, la oligarquía es el colmo de la opresion. Pues ¿á quien recurrirémós para fundar la monarquía en toda su pureza?

»Hace seis meses que yo me lo decia á mí mismo, y se lo repito á Vmd. ahora con las lágrimas en los ojos: la misma familia Real ha vendido la causa de la soberanía. He visto á las mismas personas, á quienes estaba yo acostumbrado á respetar, hacer alternativamente el papel de acusador y de acusado, confundirse ó absolverse los unos á los otros con reprehensiones y con confesiones igualmente decisivas. Ninguno de los dos Príncipes habia conservado ó adquirido el derecho de decir: *aquí reside esencialmente el poder monárquico; allí comienzan ó acaban los deberes de los vasallos.*

»Estaba yo abismado, amigo mío, en estas dolorosas reflexiones, quando llegó la carta de Vmd. á asegurarme de que la Providencia

no nos habia abandonado. Veo que la misma cuestión, que no podia ser resuelta ni por el pueblo, al qual se le pierde quando se le oculta; ni por algunos revoltosos á quienes la sed de dominar hace que posterguen demasiado el interés nacional; ni por la familia Real reducida, por sus divisiones y querellas, á una especie de decadencia en sus derechos; veo, repito, que la misma cuestión va á decidirse por un gran Arbitro á quien parece ha reservado el cielo para nuestra salvacion.

»Este real Arbitro que lleva, y que ha dado ya y devuelto tantas coronas, exerce en Europa una influencia bastante irresistible para que no pueda temer la España volver á ver en disputa lo que una vez fuere por él determinado. Nos ofrece al mismo tiempo la garantia de un interés comun con el nuestro; le importa que este reyno no experimente ninguna desmembracion, y que conserve todas sus colonias. Se trata de volver á constituir una monarquía: él ha sabido reproducirla vigorosa y floreciente en un país en que parecia estar destruida por sus mas profundas raices; se trata de convertir en utilidad de los pueblos una crisis memorable; ninguno entre los conquistadores, los soberanos y los legisladores, se ha mostrado mas hábil en conciliar la solidéz de la autoridad y la felicidad pública. Jamás el genio de Napoleon se habrá ocupado en una

obra mas bella que la creacion de la gloria española. Superior á todas las preocupaciones, no puede dexar este gran Príncipe de distinguir todos los gérmenes de grandeza que encierra la mas noble de las naciones. El resto de la Europa se complace en oponernos memorias sacadas de nuestros propios anales; Napoleon experimentará que, léjos de estar en una degeneracion irrevocable, nos hallamos en disposicion de igualar, y aun de superar, á nuestros padres.

»Si Vmd. notáre, amigo mio, algun movimiento de entusiasmo en mis palabras, á lo ménos no lo atribuirá á motivos de ambicion, pues sabe que el hábito de vivir solo, una edad avanzada, y las conseqüencias dolorosas de muchas heridas me tienen separado de todas las agitaciones de la vida, de todos los cálculos del interés personal; pero ni la soledad, ni los años, ni la perspectiva de un fin próximo, han podido extinguir en mi corazon el amor de la pátria. Bendito sea el cielo, porque dispone que raye en mis últimos dias la esperanza de mejor destino para esta nacion, cuyos antiguos errores en punto de administracion, no han podido agotar sus recursos, y que, sobre todo, ha sabido conservar el mas precioso de todos los tesoros, qual es aquel gran carácter, al qual solo faltan ocasiones para excitar todavia la admiracion del mundo.»

*Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el 22 de Noviembre
de 1900.*



